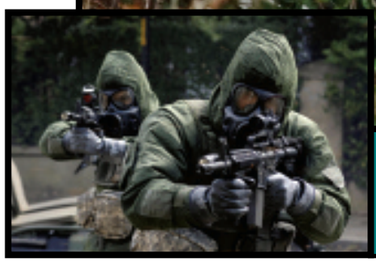
Vida en un cuadro

El espectáculo más grande

Por encima de todos los géneros cinematográficos posibles, prevalece el cine de catástrofes, aquél que pregona el miedo y el terror. Prueba de ello es *Exterminio 2,* un filme que supera a su predecesor y que confirma el morbo del ser humano por presenciar el Apocalipsis en asientos de primera fila. **TEXTO: RAFAEL LEMUS**

FOTOS: FOX



Exterminio 2

¿La comedia musical? Extinta. ¿El cine negro? Devastado. ¿Los *westerns*? Desaparecidos. Todo –se antoja decir– titila apenas y ya se apaga. Todo salvo el miedo. Si algún subgénero cinematográfico persiste y crece siempre, ése es el cine de catástrofes. No presenta, el subgénero, ninguna fisura: de principio a fin, ha abundado. No posee, su naturaleza, ningún misterio: expresa un temor, sencillamente. No la fobia clásica a lo desconocido sino a algo apenas más grande: el fin del mundo. Tras la asesina pirotecnia atómica de la Segunda Guerra Mundial, el hombre se reencuentra con aquello que los antiguos ya conocían: la escatología, la sensación de estar pisando un mundo finito y acaso ya agónico. La ciega certidumbre ilustrada –el mundo avanza linealmente, todo cambio significa progreso– se invierte en unos años: el cambio es caída, el progreso tecnológico nos devolverá a la más espesa noche. El mundo –se comprende– tendrá un desenlace. El desenlace –se anticipa– será un espectáculo. El espectáculo –se concluye– es cosa del cine.

Uno siempre corre el peligro de pensar demasiado el cine. Ya se dice: esta película expresa un terror elemental, y la verdad es otra: no revela más que la avidez de aquel ejecutivo. *Armageddon, Impacto profundo, El día de la independencia:* meros vehículos para que una estrella, de preferencia idiota, abandone la atmósfera o se bata con un extraterreste. Extraterrestres, huracanes, epidemias: meros pretextos para confeccionarle un vehículo a la estrella. Pero hay excepciones: *Doctor insólito* (Stanley Kubrick, 1964), por ejemplo, o aquella espléndida imagen de una Nueva York anegada en *Inteligencia artificial* (Steven Spielberg, 2001). Pero hay hondura: cualquiera de estas películas, aun las más olvidables, son un elocuente síntoma. ¿De qué? De dos cosas, por lo menos. De la persistencia del pensamiento escatológico y de nuestro culposo deseo de observar, absurdamente, el Apocalipsis. Aparte de exponer uno de nuestros miedos más apremiantes, el cine de catástrofes expresa nuestro afán de estar ahí cuando ocurra el final, de no perdernos aquello que promete ser el espectáculo más grande de todos. No es tanto que el cine de desastres haga las veces de la nota roja: nos reconforta al demostrarnos que otros, y no nosotros, son los que se topan con lo trágico. Es algo más básico: somos *vouyers*, pagamos por observar cómo seremos extinguidos.

La persistencia del desastre

No es éste un mal momento para que el mundo acabe: la cartelera de cine es sencillamente infame. Atestada de torpes secuelas, todo es repetición y tedio. Una sola película, también secuela, interrumpe los bostezos: *Exterminio 2* o, para ser exactos, *28 Weeks Later* (Juan Carlos Fresnadillo, 2007). La película, que no es maestra, es agradecible: continúa otra cinta (*28 Days Later*, 2002) sin repetir la misma fórmula. Más aún: es mejor que la primera película, cosa sencilla. Si *Exterminio* ilustraba el fin de la sociedad inglesa, *Exterminio 2* relata su problemática reconstrucción. El ejército de Estados Unidos declara, 28 semanas después de la emergencia, que el virus mortal está controlado. Que Inglaterra puede empezar a ser reconstruida. Que Londres volverá a ser Londres. Pero el virus. Pero los enfermos. Pero el ejército mismo. Nunca nada está controlado.

Creía Edith Warthon que el invento del foco terminaría por anular la literatura de fantasmas: nadie –pensaba– temería más a la oscuridad y sus criaturas. Edith Warthon se equivocaba: la literatura de fantasmas prevalece. Se equivocan, también, aquellas almas nobles que aseguran que no tenemos ya de qué preocuparnos. El mundo, aseguran, marcha intachablemente. En apenas un siglo, ejemplifican, el analfabetismo ha sido vencido, la mortandad infantil abatida, el confort generalizado. Libros y artículos lo presumen sin pena: así se perciba popularmente otra cosa, el liberalismo económico es un milagro. ¿Entonces por qué el miedo? ¿Por qué el imbatible éxito del cine de catástrofes? Porque cualquiera lo sabe: todo está sostenido con alfileres. Un instante (un avión que se estrella contra un rascacielos) y todo se desploma. Un parpadeo (un virus cibernético que todo lo jode) y uno ya está de vuelta en las cavernas. Tan sencillo como esto: a mayor bonanza, más temor. Apuéstese con seguridad pero no sin miedo: persistirá, cada vez más elocuente, el cine apocalíptico. •